



CAMPOS DE FRESAS



JORDI SIERRA I FABRA



GRAN
ANGULAR

Campos de fresas

JORDI SIERRA I FABRA



Primera edición: febrero de 1997
Quincuagésima tercera edición: mayo de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Julián Muñoz

- © Jordi Sierra i Fabra, 1997
www.sierraifabra.com
- © Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9394-5
Depósito legal: M-4786-2017
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Montserrat Sendil,
compañera esencial y mágica
de tantas historias y aventuras literarias.*

Nada es real,
no hay nada por lo que preocuparse.
Campos de fresas para siempre.

Strawberry Fields Forever
JOHN LENNON

1 (6 HORAS, 39 MINUTOS)

Abrió los ojos cuando el primer zumbido del teléfono aún no había muerto y lo primero que encontró fueron los dígitos verdes de su radio despertador en la oscuridad de la noche.

Por ello supo que la llamada no podía ser buena.

Ninguna llamada telefónica lo es en la madrugada.

Alargó el brazo en el preciso momento en que sobrevinía el silencio entre el primer y el segundo zumbido, y tropezó con el vaso de agua depositado en la mesita de noche. Lo derribó. A su lado, su mujer también se agitó por el brusco despertar. Fue ella quien encendió la luz de su mesilla.

La mano del hombre se aferró al auricular del teléfono. Lo descolgó mientras se incorporaba un poco para hablar, y se lo llevó al oído. Su pregunta fue rápida, alarmada.

–¿Sí?

Escuchó una voz neutra, opaca. Una voz desconocida.

–¿El señor Salas?

–Soy yo.

–Verá, señor –la voz, de mujer, se tomó una especie de respiro. O más bien fue como si se dispusiera a tomar carrerilla–. Le llamo desde el Clínico. Me temo que ha sucedido algo delicado y necesitamos...

–¿Es mi hija? –preguntó automáticamente él.

Sintió cómo su mujer se aferraba a su brazo.

–Sí, señor Salas –continuó la voz, abierta y directamente–. La han traído en bastante mal estado y... bueno, aún es pronto para decir nada, ¿entiende? Sería necesario que viniese cuanto antes.

–Pero... ¿está bien? –la tensión le hizo atropellarse, la presión de la mano de su esposa le hizo daño, su cabeza entró en una espiral de miedos y angustias–. Quiero decir...

–Su hija ha tomado algún tipo de sustancia peligrosa, señor Salas. La han traído sus amigos y estamos haciendo todo lo posible por ella. Es cuanto puedo decirle. Confío en que cuando lleguen aquí tengamos mejores noticias que darle.

–Vamos inmediatamente.

–Hospital Clínico. Entren por urgencias.

–Gracias... Sí, claro, gracias...

Se quedó con el teléfono en la mano, sin darse cuenta de que su mujer ya estaba en pie. Después la miró.

–¿Un accidente de coche? –ella apenas si consiguió articular palabra.

–No, dicen que se ha... tomado algo –exhaló él.

La confusión se empezaba a reflejar en sus rostros.

–¿Qué? –fue lo único que logró decir su esposa entre las brumas de su nueva realidad.

2 (6 HORAS, 50 MINUTOS)

Cinta, Santi y Máximo no se movían desde hacía ya unos minutos. Era como si no se atrevieran. Solo de vez en cuando, los ojos de alguno de ellos se dirigían hacia la puerta, por la que había desaparecido el último de los médicos, o buscaban el apoyo de los demás, apoyo que era hurtado al instante, como si por alguna extraña razón no quisieran verse ni reconocerse.

–¿Por qué a mí no me ha pasado nada?

Había formulado la pregunta media docena de veces y, como las anteriores, Cinta no tuvo respuesta.

–Yo también estoy bien –dijo Máximo.

–Dejadlo, ¿vale? –pidió Santi.

–¿Qué vamos a...?

La pregunta de Cinta murió antes de formularla. Desde que había empezado todo, los nervios se mantenían a flor de piel, pero aún adormecidos, o mejor dicho atontados, a causa del estallido de la situación. Ahora empezaban a aflorar plenamente.

Fue Santi el primero en reaccionar, y lo hizo para sentarse al lado de ella. La rodeó con un brazo y la atrajo suavemente hacia sí. Después la besó en la frente.

Cinta se dejó arrastrar y apoyó la cabeza en él. Luego cerró los ojos.

Comenzó a llorar suavemente.

–Ha sido un accidente –suspiró Santi con un hilo de voz.

Máximo hundió su cabeza entre sus manos.

Cinta se desahogó solo unos segundos. Acabó mordiéndose el labio inferior. Sin desprenderse del amparo protector de Santi, pronunció el nombre que todos tenían en ese mismo instante en la mente.

–Deberíamos llamar a Eloy.

Se produjo un silencio expectante.

Nadie se movió.

–Y también a Loreto –terminó diciendo Cinta.

Santi suspiró.

Pero fue Máximo el que resumió la situación con un rotundo y expresivo:

–¡Joder!

3 (7 HORAS, 2 MINUTOS)

Lo despertó el timbre del teléfono y, al levantar la cabeza de la mesa, el cuello le envió una punzada de dolor al cerebro. La brusquedad del despertar fue paralela a ese dolor.

–¡Ay, ay! –se quejó, tratando de flexionar el cuello para liberarse del anquilosamiento.

Pero no lo logró; así que se levantó y fue hacia el teléfono moviéndose como un muñeco articulado que iniciase su andadura. No solo era el cuello, por haberse quedado dormido sobre la mesa, sino los músculos, agarrotados, y la sensación de mareo producto del súbito despertar, unido a la larga noche de estudio a base de cafés y colas.

En quienes primero pensó fue en Luciana, Cinta, Santi y Máximo.

Sus padres no podían ser. Nunca llamaban, y mucho menos a una hora como aquella. ¿Para qué? Así que solo podían ser ellos. Los muy...

Cogió el teléfono, pero antes de poder decir nada escuchó el zumbido de la línea al cortarse.

Encima.